

## Títiro y Melibeo en el bimilenario de Virgilio

Salamanca no podía faltar a la cita con el segundo milenario de la muerte de Publio Virgilio Marón. Aquí estamos, pues, todos prestos a repetir las inmortales palabras de Dante Alighieri, que hace de él su maestro y guía por las regiones de ultratumba: *Onorate l'altissimo poeta*<sup>1</sup>. Muy pocos versos antes<sup>2</sup>, Virgilio habla al florentino de cómo vio llegar a Cristo a los infiernos para sacar de las sombras a los patriarcas del Antiguo Testamento:

Io era nuovo in questo stato  
quando ci vidi venire un possente  
con segno di vittoria coronato.

Y mi edición de cabecera, llamémosla así, de la *Comedia*, que, por no ser yo especialista en la materia, es una corriente, la vetérrima, pero también utilísimas de la Società Dantesca Italiana, anota al pie cándidamente<sup>3</sup>: *Vi era da poco più che cinquanta anni, essendo morto il 22 settembre del 19 a.C.; e cinquanta anni non sono nulla appetto all' eternità*. Tiene razón el comentarista: del 19 a.C. al 33 d.C. transcurren solamente cincuenta y dos años, lo cual verdaderamente no es nada.

Ahí, en fin, está la fecha. Nos hemos retrasado solamente seis meses menos cinco días; pero también es posible que nos hayamos adelantado en más de un semestre. Parece, en efecto, que comienza a divulgarse el hecho perogrullesco de que, según apunté hace varios años con motivo del centenario de Zenón el estoico<sup>4</sup>, en estas conmemoraciones

1 *Inf.* 4, 80.

2 *Inf.* 4, 52-54.

3 Dante Alighieri. *La Divina Commedia*, 20 ed. (Milán 1969) 30.

4 M. Fernández-Galiano, 'Un centenario «al revés»: el de Zenón', en *Rev. Occ.*, 27 (1969) 95-102.

«al revés», como yo allí decía, hay que contar con la inexistencia en nuestros cómputos, incluso si se desatiende el conocido error de Dionisio el Exiguo, del año cero. Se pasa, pues, del 1 a.C. al 1 d.C., con lo cual, prescindiendo de los bisiestos, el 22 de septiembre pasado no habían corrido 730.000 días desde la muerte de Virgilio, sino 365 menos. Esto no es ninguna ocurrencia nueva por mi parte: luego he leído<sup>5</sup> que ya se planteó en 1881, con ocasión del 19 centenario, cuando la Academia de Mantua, proyectando editar, como lo hizo, una conmemoración en que colaboraran los mejores poetas, Alfred Tennyson entre ellos, consultó a las mayores autoridades culturales del mundo sobre la verdadera fecha.

En todo caso, el margen mayor ha sido acicate de posibles perezas y así incluso los españoles, no siempre diligentes, tenemos ya en nuestro haber un lucido manojo de conmemoraciones virgilianas: Barcelona, por ejemplo, Santiago, Soria, Córdoba, con otras que seguramente olvido, y, desde luego, Madrid, donde ha habido varias conferencias dedicadas al tema y, hace ya más de un año, una serie singular en la Fundación Pastor. Singular, digo, porque, aparte de que contamos con la valiosísima aportación de Francesco della Corte y Miguel Dolç, el tercer miembro del ciclo, el gran latinista Pierre Grimal, habló muy bien ante un mínimo auditorio de dieciocho personas. Normalmente hubiéramos debido escucharle casi cien; pero su bellísima conferencia se dio en fecha tan señalada como la del 23 de febrero de 1981 a las ocho de la noche y milagro fue que no hubiera que suspenderla. Resultó realmente una experiencia extraordinaria la de situarse mentalmente aquel día en las idílicas praderas que el Mincio baña.

Con personajes de vida relativamente breve, como la de Virgilio, suele darse el caso de que una de nuestras generaciones actuales abarque celebraciones del nacimiento y muerte del así honrado. Yo, por ejemplo, y con más conocimiento de causa los de edad superior a la mía, viví la recordación, en 1930, del nacimiento del poeta el 70 a.C.

5 J. B. Trapp, 'Mantua's Tennyson Manuscript', en *Times Lit. Suppl.* (18-9-1981) 1081.

En España no creo que hubiera grandes homenajes; en Italia se tiró la casa por la ventana, algo lógico desde el punto de vista del régimen mussoliniano, más interesado, sin embargo, en las *Geórgicas* (política de regeneracionismo nacional, saneamiento de los agros Pontinos, etc.) y en la *Eneida* (amanecer de un sueño imperial bien efímero) que en la paz de las *Bucólicas*, a cuyo escapismo intimista nos acerca más el mundo de hoy con su tráfigo demencial.

Tentación inevitable en quienes, ojalá que sin motivo, nos creemos al borde siempre de un amenazador volcán. Algo parecido debió de suceder un poco después de aquel bimilenario, en los años que precedieron a la segunda guerra mundial. Por entonces escribe Theodor Haecker, el gran pensador católico de entreguerras, autor de fecundos estudios sobre Newman y Kierkegaard, su *Diálogo sobre Europa*, en que, acongojado como un profeta bíblico, se pregunta, *antes de que sea tarde, qué debemos llevar con nosotros de entre los horrores de la devastación*. Eneas salvó a su padre y las imágenes de sus Penates: nosotros rescataremos —continúa Haecker— *en primer lugar la Cruz ... y después ... lo que cada uno ame con más ardor, pero no olvidemos a nuestro Virgilio, que cabe en un bolsillo de la chaqueta*.

Estas palabras sirven como lema de un cuidado librito<sup>6</sup> que, muy bien vertido por nuestro Valentín García Yebra, salió en 1945 como versión española del *Vergil, Vater des Abendlandes* de Haecker. El colofón puesto por el inolvidable impresor Silverio Aguirre se fecha el 11 de noviembre, festividad de san Martín de Tours. Buen patrono, el santo de la iluminada caridad para el año de la negrura y el hambre. En que por cierto murió el autor sin saber nada probablemente de esta traducción: una verdadera pieza de época que en cada página lleva el cuño del patrocinio de quien era entonces nuestro huésped argentino, Juan Carlos Goyeneche. Si se trataba con aquella nueva colección, *Sol y Luna*, emanación de la bien conocida bonaerense llamada así, de infundir nueva vida y reciedumbre al intelectual cristiano enraizándole en sus fuentes, no nos sorprende

6 T. Haecker, *Virgilio, padre de Occidente* (Madrid 1945).

que el predestinado Virgilio, la *anima naturaliter christiana* de la 4 égloga, ocupara un puesto de honor en la empresa.

Ha llovido mucho desde 1945. En el mismo año y en los Estados Unidos, el austriaco Hermann Broch, que iba a fallecer seis después, publica en inglés y en alemán la novela que había perfilado mentalmente durante las cinco semanas de su estancia en los calabozos de la Gestapo, *Der Tod des Vergil*, un visionario poema en prosa en que el admirador de Kafka y amigo de James Joyce compone con ambos el trío que había de sentar las bases de la entera ficción contemporánea. El elemento irracional, el arranque metafísico más o menos intuitivo, el monólogo interior hoy tan manoseado, todo está ya aquí presente. Es lástima que el libro nos haya llegado tan tarde y tan mal traducido<sup>7</sup>. Y lo es también que Broch no respete ni en la más mínima medida ese sacrosanto término que los filólogos ingleses llaman inimitablemente la «evidence».

Lo cual es importante. Yo en mi juventud, supongo que como muchos de mis coetáneos, me empalagué de tanto Maurois y Ludwig y Zweig y cobré aversión a la novela histórica. Hoy me vuelve a gustar leída con mesura. Y siempre que no se ceda más que en pormenores mínimos al facilón expediente del revoltijo histórico. El anacronismo, como suele decir bien nuestro Fernando Lázaro, es vicio plebeyo. No hace poco leíamos en un artículo de Gabriel García Márquez grandes elogios de *Los idus de marzo* de Thornton Wilder, que, según el novelista colombiano, hizo muy bien en prolongar diez años la vida de Catulo para que pudiera cenar con César la víspera de la muerte de éste. Ello me parece francamente abusivo. Los autores anglosajones que hoy brillan en el «revival» contemporáneo de este género, Robert Graves, Mary Renault, Gore Vidal, suelen guardar mejor las formas cronológicas.

Yo también, si mis dotes bastaran para ello, podría ahora contarles una bonita novela sobre los treinta y tres primeros años de la vida de nuestro gran poeta. Hasta tendría el título, *Virgilio, sus amigos y el campo*. Podría ser una nostálgica evocación de la época de las églogas, imperecederas siempre en mi alma desde que en 1940 las expliqué

7 H. Broch, *La muerte de Virgilio* (Madrid 1979).

en la Universidad madrileña supliendo por enfermedad a aquel santo varón que fue don Bernardo Alemany. Su protagonista sería un mozo algo inmaduro, pero lleno ya de genio en rasgos que prefiguran la gloria de las *Geórgicas* y la *Eneida*. Aquí, sin embargo, no voy a hacer más que contar a grandes rasgos el argumento de esta nonata y nonascitura novelación que desde luego no tendría por qué llevar consigo torsiones de la realidad transmitida por los textos. Y para condimentar el prosaico rancho de mis balbucientes palabras, de vez en cuando les hablará Virgilio mismo en mi traducción rítmica de que ya tienen noticia los lectores del *Genethliakon Isidorianum*<sup>8</sup> y que debe lo que de agradable pueda tener al uso del sistema que aprendí y heredé de mi maestro y amigo don José Manuel Pabón.

Es bien conocido el esquema aritmético de Dante (tercetos, tres cánticos, treinta y tres y uno más treinta y tres más treinta y tres cantos, etc.) basado en la tríada mágica; y tampoco han faltado combinaciones sutiles o no en torno a Virgilio y, concretamente, a sus *Bucólicas*. Suficiente sería, por ejemplo, añadir un hipotético verso, después de 4, 23, en que se mencionaran animales dañinos como osos o lobos para que no sólo adquiriera estructura simétrica la égloga en cuestión, sino también las nueve componentes de la primera redacción, centradas en el refulgente ápice del *diuine poeta* con que se apostrofa a Mopso en 5, 45<sup>9</sup>. Pero ahora mis cálculos van a limitarse a señalar menos ambiguas similitudes en el mantuano respecto a aquel a quien guió. La vida de Virgilio, en efecto, se divide en tres períodos consagrados a empeños poéticos de dificultad y extensión ascendentes.

Recordemos su epitafio, probablemente no auténtico y al que, sin embargo, su modestia haría tan virgiliano:

Me dio Mantua la vida y Calabria la muerte; hoy me guarda  
Parténope; los pastos canté y campos y héroes.

8 M. Fernández-Galiano, 'Sobre un ensayo de versión rítmica de los bucólicos', en *Genethliakon Isidorianum. Miscellanea... Isidoro Rodríguez Herrera... oblata* (Salamanca 1975) (*Helmantica* 28), 161-75.

9 De una vez por todas señalo aquí mi gran deuda al excelente trabajo de E. Coleiro, *An Introduction to Vergil's Bucolics with a Critical Edition of the Text* (Amsterdam 1979).

Pastos, campos, héroes: *Bucólicas*, *Geórgicas*, *Eneida*. Cinco años para lo pastoril, 42 al 37: 829 versos, un promedio de 165 anuales. Siete para lo campesino, 37 al 30, 2.188 versos, 312 aproximadamente cada año. Once para las gestas de Eneas, 30 al 19, 9.896 versos en un texto casi terminado, ascenso climáctico de la tarea anual hasta 899.

Y, al frente de las distintas obras, cada vez más largas, escritas cada vez más diligentemente, de mayor ambición conforme madura el autor, un patrono y protector cada vez más poderoso. Los tres comparten el mismo *praenomen* de Cayo: Asinio Polión; Cilnio Mecenas; Octavio, llamado después Julio César Augusto y dueño absoluto de Roma y sus tierras.

Ahora bien, descendiendo ya al apartado concreto de las *Bucólicas*, en ellas se repite obsesivamente el esquema casi cabalístico: tres amigos de Virgilio, gentes influyentes como él no lo fue, políticos, militares, escritores también, se ciernen, esta vez sin diferencia alguna de preferencia o personalidad en un sentido u otro, sobre la pequeña y magistral obra inspirándola, fomentándola y siendo citados por ella: el propio Polión, de quien están impregnadas en mayor o menor grado la 3, 2, 7, 4 y 8; Publio Alfenio Varo, al que se consagran de modo peculiar 9 y 6; el dulce Cayo Cornelio Galo, inmortalmente cantado en 6 y 10. Ya tenemos ocho de los diez concisos poemas; faltan el primero y el quinto en el orden de los manuscritos; pero es que, amparando y coronando este esquema tripartito, cubre el entero edificio de las *Bucólicas* una especie de celestial orbe por el que vemos cruzar la inmaterial estrella triunfadora de ambos Julios, César y Augusto; y así no sólo dichas dos églogas, sino también la 9 nos ofrecen muestras extensas o no de este inclinarse ante las cumbres políticas de Publio Virgilio Marón.

Diez cantos; diez estampas aquí fugaces y que deberían parecer deliciosas a cualquiera si mi cálamo supiera darles el realce que merecen. Y todo en torno a unos buenos amigos y a una amadísima región natal.

Año 43: Virgilio tiene veintisiete. Ha estudiado ya en Cremona, Milán, probablemente Nápoles; cultiva los campos paternos y se inicia en la poesía. El nuevo gobernante de

la Galia Transpadana, Asinio Polión, reúne a sus condiciones políticas ciertas dotes intelectuales de las que saldrá con el tiempo una discreta carrera como escritor y de momento la formación en Cremona o en Mantua o en las dos ciudades de un interesante grupo literario. Virgilio, estimulado por su protección, le consagra su primera tentativa ciertamente muy lograda. Égloga tercera, notoriamente helenística y neotérica todavía. Polión<sup>10</sup> apreciará estos versos: a los hostiles Bavio y Mevio<sup>11</sup> les escocerá el éxito. Es primavera<sup>12</sup>:

Ahora florecen los campos, los árboles todos,  
ahora más bello que nunca está el año en el bosque.

Menalcas y Dametas compiten: han empezado, jóvenes y petulantes como son, por insultarse un poco. El árbitro Palemón les aquieta y da comienzo a la justa amebea. A diferencia de lo usual en Teócrito, el primero en iniciar cada copla es el retador, Dametas, que con cierta injusticia acumula sobre sí la ventaja de sustraerse al pie forzado<sup>13</sup>:

Por Jove empecemos, ¡oh, Musas!, que de él está todo  
lleno; protege las tierras y cuida mis cantos.

Pero Menalcas se defiende bien<sup>14</sup>:

Febo me quiere y yo siempre en mi casa le ofrendo  
laurel y jacinto pintado de rojo suave.

Y así, mientras también canta el agua en los caces, hasta la declaración de empate en el esplendor de uno de esos increíbles atardeceres virgilianos<sup>15</sup>:

Cerrad ya las acequias: bastante bebieron los prados.

No todo es, sin embargo, calma y alegría en la riente campiña; hay también en ella quien pena y se angustia

10 *Buc.* 3, 84-89.

11 *Buc.* 3, 90-91.

12 *Buc.* 3, 56-57.

13 *Buc.* 3, 60-61.

14 *Buc.* 3, 62-63.

15 *Buc.* 3, 111.

y se revuelve insomne en las noches de aquel verano del 43 <sup>16</sup>:

Ahora buscan las mismas ovejas la sombra y el fresco,  
ahora el cambrón a los propios lagartos oculta  
y Téstillis maja el serpol y los ajos y olientes  
yerbas que alivien el fuerte calor al que siega  
mientras yo, bajo el sol ardoroso, tus huellas persigo  
y la ronca cigarra acompaña mi voz en el bosque.

Égloga segunda. Al pastor Coridón no le dejan dormir los perros rabiosos del deseo. No es el fuego de la estación lo que le mantiene en vela, sino su propia fiebre amorosa <sup>17</sup>:

Ardía el pastor Coridón por Alexis el bello,  
delicias del amo, y ninguna esperanza tenía.

Mal inspirador ha escogido el pobre Coridón en aquel ciclope teocriteo <sup>18</sup> que se jactaba ingenuamente de poseer tantas cualidades: todas, sí, salvo la belleza y la juventud irreemplazables en lides eróticas.

Vienen ya las horas bajas del crepúsculo: la tarde refresca y orea los llanos; la temperatura del delirante enamorado va bajando también <sup>19</sup>:

¡Ah, Coridón, Coridón! ¿Qué demencia es la tuya?

Búscate otro Alexis: hay millares de ellos por el mundo.

Ha pasado un año. Otro verano, el del 42. Llegan noticias de Roma. Octavio y Marco Antonio, todavía amigos en apariencia al menos, han iniciado un esfuerzo propagandístico contra los matadores de César, Bruto y Casio, que andan aún sublevados por Grecia. Hay que exaltar hasta los cielos, y no sólo metafóricamente, al héroe asesinado. Hay que recordar a las gentes olvidadizas que los juegos fúnebres que honraban a Julio tras su muerte fueron subrayados por un portentoso cometa. Ahora, cuando se le va a deificar consagrando a su nombre uno de los meses del año, Virgilio encuentra ocasión para cantar el destino

<sup>16</sup> *Buc.* 2, 8-13.

<sup>17</sup> *Buc.* 2, 1-2.

<sup>18</sup> *Buc.* 2, 19-22.

<sup>19</sup> *Buc.* 2, 69.

excepcional de aquella familia prócer. Quinta égloga. Hermoso certamen poético entre Mopso y Menalcas. El universo entero llora la desaparición del gentil Dafnis mientras éste pisa triunfalmente las salas olímpicas y el mundo entero goza de un sosiego a que no estaba acostumbrado<sup>20</sup>:

Dafnis radiante el insólito umbral del Olimpo  
admira y las nubes y estrellas contempla allá abajo;  
y una vivaz alegría los campos y bosques  
invade y a Pan, los pastores y jóvenes Driades.  
Ni el lobo asechanzas ya trama al ganado ni al ciervo  
insidia la red; trae la paz el benéfico Dafnis.  
Gozosos los montes intonos al cielo sus voces  
lanzan; entonan poemas los propios peñascos  
y los mismos arbustos: «¡Un dios, es un dios, oh, Menalcas!»

La rueda incesante de los meses aporta el otoño del mismo 42 y con él la grata nueva de la batalla de Filipos. Bruto y Casio ya no existen: el primero ha afrontado la muerte y el fracaso con el valor de un verdadero filósofo. Siglos más tarde, Leopardi le hará erguirse elegantemente ante la naturaleza indiferente a los males humanos:

E tu dal mar cui nostro sangue irriga,  
candida luna, sorgi,  
e l'inquieta notte e la funesta  
all'ausonio valor campagna esplori.

César ha sido vengado, pero Virgilio anda ahora ocupado en otra de sus églogas, la séptima, con la cual le ha pedido probablemente Polión que publique una especie de manifiesto literario en defensa de un tipo de poesía pastoril más idealizada y realista, representada aquí en la lid por el cabrero Coridón, frente al modelo a veces zafio y soez de Teócrito, cuyo paladín sería en este caso el ovejero Tirsis. Los meses se empiezan a acortar y Mantua no es precisamente Sicilia ni el Peloponeso. Es grato resguardarse al calor del lar<sup>21</sup>:

Aquí está nuestro hogar, pingües teas, hay siempre abundante  
fuego y hollín sempiterno ennegrece las jambas;  
aquí nos importan los fríos del Bóreas menos  
que al lobo el rebaño o la orilla a los ríos henchidos.

20 *Buc.* 5, 56-64.

21 *Buc.* 7, 49-52.

Pronto, Virgilio amigo, tendrán que quedar olvidadas esas amenas minucias estilísticas, cuando suene a las puertas de tu comfortable vivienda campesina el tremendo al-dabonazo de la vida real, el gran mazazo de la política y la guerra. Hay que premiar de algún modo a los triunfadores de Filipos: los triúnviros acuden al de siempre acreditado e injusto expediente de los repartos de tierras con expropiación forzosa y rara vez indemnizada. Cremona<sup>22</sup> y Mantua tienen en este aspecto la desgracia de hallarse en los terrenos más fértiles de Italia, lo que hace más apetecibles sus parcelas. Cunden, pues, los despojos por aquellos pagos. Debió de haber muchísimos damnificados, a no ser que resulte casual, o inexacta, la circunstancia de que los mejores poetas de entonces y aun de después, Horacio, Tibulo, Propercio, se cuenten al parecer entre las víctimas de las confiscaciones. Al último le dice el dios egipcio Horo<sup>23</sup>:

En edad aun precoz recogiste los huesos paternos  
y te viste en hogar humilde encerrado,  
pues tu bien cultivado peculio, que muchos novillos  
araban, la funesta vara vino a quitarte.

Las *Dirae* lanzan rayos y venablos contra los nuevos dueños, groseros y brutales soldadotes: razón de más para que su autenticidad dentro de la *Appendix* resulte dudosa. Era de esperar que en Virgilio la queja fuese, como todo en él, más dulce y resignada.

La égloga novena, de los primeros meses del 41, presenta en escena a Meris, viejo esclavo de un Menalcas en que es forzoso reconocer al propio poeta<sup>24</sup>:

Lo que nunca temimos, ¡oh, Lícidas!, vimos en vida;  
que un ocupante extranjero de nuestro terruño  
nos diga: «Esto es mío; que emigren los viejos colonos».  
Ahora, vencidos y tristes, pues todo Fortuna  
lo rige, unos chivos traemos que no le aprovechen.

22 Cf. *Buc.* 9, 28.

23 *Prop.* 4, 1, 127-30.

24 *Buc.* 9, 2-6.

Lo llegado a oídos de su interlocutor<sup>25</sup> resultaba más optimista:

Sin embargo, me habían contado que desde que empiezan a bajar los collados en suave declive hasta el agua y las hayas antiguas, que heridas ya tienen sus copas, todo ello Menalcas logró conservar con sus versos.

Pero Meris desmiente el rumor que ha corrido<sup>26</sup>:

Lo oíste y se dijo; mas valen tan poco enfrentados con los dardos marciales, ¡oh, Lícidas!, nuestros poemas cual las palomas caonias si el águila viene.  
Y, si no me advirtiera agorera corneja en el hueco de la encina que de un modo u otro cortara el litigio, no viviera ya el Meris que te habla y tampoco Menalcas.

Cuentan los comentaristas que hubo incidentes enojosos; que el nuevo dueño amenazó a Virgilio con la espada en la mano; que el poco belicoso escritor tuvo que ponerse a salvo atravesando el Mincio a nado. Parece, desde luego, que el presunto expropiado cifró desde el primer momento sus esperanzas en una excepción a que le harían acreedor sus amigos y su personalidad literaria.

Todo esto está oscurísimo y la controversia sobre ello es infinita. Si la famosa égloga primera fuese del verano del 41, posterior a la novena, es posible que las cosas se hubieran arreglado algo o al menos que pareciera anunciarse una solución. En uno de los párrafos mejor conocidos de la Literatura universal<sup>27</sup>, Melibeo, en ruta hacia el forzado exilio, pasa por el lugar donde Títiro sigue gozando de la muelle indolencia bucólica:

Títiro, tú, bajo el haya copuda tendido,  
con cálamo humilde en la Musa rural te ejercitas;  
nosotros la dulce campiña y los patrios confines  
dejamos; tú yaces ocioso a la sombra y enseñas  
al bosque a cantar de la bella Amarilis el nombre.

25 *Buc.* 9, 9-10.

26 *Buc.* 9, 11-16.

27 *Buc.* 1, 1-5.

La respuesta está teñida de agradecida ufanía<sup>28</sup>:

Un dios, Melibeo, créome estos ocios; por siempre  
como a dios le tendré y muchas veces su altar teñiráse  
con la sangre de un tierno cordero de nuestros apriscos.  
Él fue, como ves, quien permite que vaguen mis bueyes  
y a mí modular cuanto quiera en mi rústica flauta.

Títiro, esto es, Virgilio, ha estado en Roma, que aquí dice haber conocido por primera vez, lo cual es inverosímil, y ha visto a Octavio. Se nos atestigua, por otra parte, que se formó una comisión *agris diuidundis* para resolver las reclamaciones nacidas de la expropiación y, aunque el bucólico tuviera en principio la suerte de que los tres miembros de ella, Asinio Polión, Alfenio Varo, Cornelio Galo, fueran escritores y contertulios suyos desde la juventud, juraríamos todos hoy que su eficacia, como a veces ocurre en tales casos, no fue sino relativa. Hubo, pues, que acudir a la suprema autoridad. ¿Se logró algo definitivo? Tampoco está claro. Virgilio pasó el resto de su vida en el clima más clemente del sur de Italia; uno de los dudosos *Catalepta*<sup>29</sup> habla de una casita ofrecida al desterrado poeta por su antiguo maestro Sirón.

Pudo, pues, conservar sus tierras; o perderlas sin indemnización; o mediante compensación que al menos no añadiese la ruina a la nostalgia del paraíso perdido. Un novelista del tipo que antes cité no se contentaría con esta conclusión dubitativa; un filólogo tiene que resignarse forzosamente a ella.

Lo que sí consta es que Virgilio cultivaba la hermosa y rara flor del agradecimiento, y a ello precisamente debemos tres inmortales himnos a sus tres más o menos útiles amigos. Entre el 41 y el 40 puede situarse la égloga sexta, dedicada a Varo. El mantuano, a la vista de la buena acogida que iba teniendo lo dado a conocer, se atrevía ya a empresas literarias de más envidia, de tipo geórgico o

28 *Buc.* 1, 8-10.

29 *Cat.* 8.

épico probablemente. Pero, como a Calímaco<sup>30</sup>, el propio Apolo le ha tirado de la oreja diciéndole<sup>31</sup>:

Tus reses, ¡oh, Titiro!, gordas  
sean y, en cambio, sutil de tus cantos el hilo.

Reses lozanas, sí debe apetecerlas todo pastor; libros gordos o presuntuosos no debe aspirar todavía a escribirlos este joven poeta. Varo ha realizado proezas militares y querría que Virgilio se las cantase en tonos altisonantes; no podrá ser; no cubrirán el bizarro guerrero las frondas de una majestuosa encina; habrá de contentarse con la sombra rastrera de un pastoril tamarisco<sup>32</sup>. Y no es que el canto del viejo Sileno no resulte hermosísimo. Con otro de esos estupefacientes finales virgilianos<sup>33</sup>:

Y así, aquellos cantos que, habiendo escuchado el dichoso Eurotas de labios de Febo, enseñó a sus laureles, entonó también él, y decíanlo al cielo los valles mientras éste veía con pena avanzar el lucero que a amajadar y contar las ovejas obliga.

Ahora, la famosísima cuarta égloga, compuesta en el 40, cuando Polión, cónsul ya con Cneo Domicio Calvino, ha sido, en nombre de Marco Antonio y con Mecenas representando a Octavio, elemento fundamental en la concertación de la paz de Brundisio, que va a llevar consigo ocho años de relativamente estable tregua entre los dos magnates hasta la ruptura con motivo del asunto de Cleopatra. El clima político ha mejorado y a él viene a sumarse este asombroso cantar cuyo texto se han sabido siempre de memoria muchos amantes de Virgilio<sup>34</sup>:

Ya llega del canto cumeo la edad postrimera;  
una gran serie de siglos ya nace de nuevo;  
vuelve la virgen, regresan los reinos saturnios;  
un nuevo linaje desciende del cielo sublime.  
Tú, nacido ese niño en el tiempo que va a hacer que venga  
tras la férrea raza la de oro en el orbe terrestre,  
protégele, casta Lucina; ya reina tu Apolo.

30 Cal. *Hymn.* 2, 105-12.

31 *Buc.* 6, 4-5.

32 Cf. *Buc.* 4, 1-3.

33 *Buc.* 6, 82-86.

34 *Buc.* 4, 4-10.

Se acerca una nueva época en que, contra los lúgubres vaticinios de Horacio<sup>35</sup>, todo serán bienandanzas cuando nazca o porque ha nacido (obsérvese que mi traducción es intencionadamente ambigua) un niño predestinado en el año consular de Polión. La cuestión no es baladí. Si el poema ha sido redactado cuando se esperaba un parto feliz, su autor se exponía a que el resultado fuera una niña, con lo cual quedaban desmentidas las continuas alusiones a un sexo masculino de la criatura: tal sucedería si aquí se profetizara en falso respecto a la que iba a ser Antonia, la hija del matrimonio de Octavia y Antonio que sellaba la reconciliación, o en relación con la futura Julia, hija del que iba a ser Augusto y de Escribonia, cuyos padres además no se habían casado aún el 40.

Las discusiones sobre la personalidad del bienaventurado personaje han sido incontables: Asinio Galo, hijo de Polión, andaba diciendo por ahí que él era el protagonista de la égloga, pero ni aquí se atribuye claramente la paternidad al cónsul ni parecería prudente tan desmesurado augurio para quien quizá iba a vivir, como ocurrió en dicho caso, de un modo perfectamente vulgar. Sea como sea, el viejo mito de las edades humanas, en su variante más optimista, está aquí perfectamente descrito y envuelto en misterioso ropaje poético que ha tentado a la fantasía de las generaciones futuras.

Constantino el Grande, en famosa sesión del Senado, dio una docta disertación en que los versos eran comentados conforme a una ceñida interpretación cristiana: la virgen sería María; Aquiles representaría a Jesucristo enviado a conquistar la nueva Troya del mundo y en el niño, desde luego, estaría simbolizado el Salvador. Idea que no podía menos de impresionar a una entera teoría de hermeneutas, desde Lactancio y san Agustín hasta Ficino y nuestros Luis Vives y Juan Luis de la Cerda, pasando desde luego<sup>36</sup> por Dante

(quando dicesti: «Secol si rinova;  
torna giustizia e primo tempo umano  
e progenie scende da ciel nova»);

<sup>35</sup> *Hor. Ep.* 16.

<sup>36</sup> *Purg.* 22, 70-72.

y, sin ir más lejos, ahí al lado tenemos a Virgilio entre los profetas del coro de la catedral de Zamora. Atractiva, pero espinosa cuestión, la de una posible premonición sobrenatural o, por lo menos, ecos más o menos subconscientes del mesianismo que andaba ya difuso por todo el Mediterráneo oriental y que empalmaría con los oráculos sibilinos a que nos lleva la alusión al canto cumeo. Nuestro ilustre huésped Ettore Paratore<sup>37</sup> ha señalado la posibilidad de que el poeta tomara ideas al futuro Herodes el Grande, que llegó el 40 a Roma para intentar recuperar su reino bajo los auspicios de Antonio, o por lo menos a alguien de su séquito; tal vez oyó leer las esperanzadoras palabras de Isaías<sup>38</sup>: *Pues nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado. Tiene el imperio sobre sus hombros ... grande será su imperio, la paz sin fin ... que él consolidará y sostendrá con derecho y con justicia desde ahora y para siempre*. Sería realmente estupendo.

Volvamos empero a los sencillos tarayes, que por una vez han cedido ante un magnífico bosque conceptual y estilístico adecuado para un cónsul. El 25 de octubre del 39, Polión, vencedor en los Balcanes, ha obtenido los honores oficiales de un triunfo resonante. Virgilio, otra vez aquí autodenominado Títiro, acude a cantarlo en su octava égloga<sup>39</sup>:

Y tú, ya a las peñas del magno Timavo derrotas  
o recorras las costas del mar de la Iliria, ¿habrá al cabo  
un día en que dado me sea loar tus proezas?  
¿En que pueda mostrar tus canciones, las únicas dignas  
de calzar sofocleo coturno, al entero universo?  
Tuyos son el principio y el fin; estos cantos recibe,  
que inicié porque tú lo pedías, y deja que trepe  
hasta el glorioso laurel de tus sienes la yedra.

Tuyos son el principio y el fin. Las *Bucólicas*, que Virgilio

37 E. Paratore, 'Il bimillenario della guerra di Perugia e della pace di Brindisi', en *St. Rom.* 8 (1960) 523-34.

38 *Is.* 9, 5-6.

39 *Buc.* 8, 6-13.

empezó hace cuatro años porque Polión se las reclamaba, terminan con los magníficos cantos de Damón y Alfesibeo <sup>40</sup>,

a quienes oyendo justar de pacer la ternera  
se olvidó, que dejaron atónito al lince cantando  
y pararon insólitamente los cursos fluviales.

Pero el trío de la amistad y la gratitud quedó incompleto. Faltaba por celebrar a Cornelio Galo, de quien hace poco he tratado <sup>41</sup> con motivo de la aparición de sus nuevos versos, que por cierto ya empiezan a ser objeto de animada **controversia** <sup>42</sup> por lo que toca a autenticidad. Militar y poeta; amante y hombre desgraciado. Un amor insatisfactorio, una vida corta, una muerte trágica y probablemente injusta: ingredientes sabrosos de una verdadera leyenda romántica. Le hemos entrevistado ya como tercer miembro de la citada comisión agraria. El poeta había cumplido en parte con él mediante la inserción de un párrafo agradable en la égloga 6, fundamentalmente dedicada, como dije, a Alfeno Varo, en que, preparado él para adentrarse en los predios geórgicos de que fue maestro el viejo Hesíodo, anima a Galo para que abandone también la musa ligera de tipo catuliano-neotérico a que le lleva como tutora, crítica e inspiradora en el orden literario la famosa Licoris. Un personaje cuya azarosa vida se halla ya prefigurada por la multiplicidad de sus apelativos: Volumnia, según el nombre de un protector; Citeris, con amable eco de las artes de Venus, y finalmente, en la obra de Galo, de modo que evoca a la Licorea cercana al Parnaso. La propia alusión apolínea sirve, pues para denotarla como una más de esa galería de cultas y encantadoras cortesanas, Cintia, Delia, Némesis, que pululan por la elegía.

Licoris era juez exigente de las creaciones galianas. Lea-  
mos uno de los breves cantos del papiro egipcio:

He aquí que por fin me inspiraron poemas las Musas  
que pueda cantar como dignos de mi dueña:  
si ella en esto conviene, aunque tú me juzgares, ¡oh, Visco!,  
o acaso tú, Catón, la condena no temo.

40 *Buc.* 8, 2-4.

41 M. Fernández-Galiano, 'Un hallazgo sensacional en Nubia: versos nuevos de Cornelio Galo', en *Rev. Bach.*, Cuad. monogr. 6, supl. del n.º 15 (julio-septiembre 1980) 3-10.

42 P. ej., G. Giangrande, 'An alleged fragment of Gallus', en *Quad. Urb.*, 5 (1980) 141-53.

Este Catón no sería el famoso censor, sino el neotérico Publio Valerio, buen catador de poesía; y hay que suponer que la amante de Galo, un poco marisabidilla, aprobaría la exhortación virgiliana para que el brillante elegíaco se inscriba en la falange hesiódica <sup>43</sup>:

Las Musas te dan flauta que al viejo  
ascreo ofrecieron antaño; cantando al son de ella  
los rígidos fresnos hacía bajar de los montes.  
Relata con ésta el origen del bosque grineo  
y no habrá otro ninguno en que más se deleite ya Apolo.

Hasta aquí la sexta égloga; pero ha ocurrido un desastre. Estamos en el año 37, en que Virgilio cuenta exactamente treinta y tres. No hay más remedio que añadir un décimo poema, aunque se estropee el esquema del tres por tres, a la colección que desde el 39 o 38 viene circulando con nueve bucólicas.

La amante se fue, quizá con premeditación y alevosía. Mientras Galo andaba enredado en una expedición, posiblemente contra Sexto Pompeyo, que tanta guerra seguía dando, la ingrata ha escapado a tierras frigidísimas, al menos desde el punto de vista de Cornelio, criado en el clemente clima de la Costa Azul. Perdida por Galia o Germania, la refinada Licoris peregrina tras de un militar de alta graduación, no sabemos quién, que probablemente combate a las órdenes de Agripa. Y Virgilio escribe una última égloga, la décima, que hará cuanto pueda para ayudar a su amigo logrando que ella comprenda que su alocada marcha al Norte ha sido una tontería. Habla Galo mismo <sup>44</sup>:

Aquí tienes, Licoris, las gélidas fuentes, las muelles  
praderas, los bosques; aquí viviría contigo;  
pero ahora retiéneme Amor el cruel en las armas  
de Marte el feroz afrontando venablos hostiles  
mientras tú, de la patria muy lejos —¡si fuera el negarlo  
posible!—, las nieves alpinas, cruel, y rigores  
del Reno sin mí sola sufres: ¡no dañen los fríos  
ni sequen los ásperos hielos tus pies delicados!

<sup>43</sup> *Buc.* 6, 69-73.

<sup>44</sup> *Buc.* 10, 42-49.

Pero la égloga cumple también una función literaria. Puede ser que el desengaño haya traído consigo un beneficio, y es que Galo, libre del influjo de su amiga, diga adiós<sup>45</sup> al cultismo euforioneo, que no le iba del todo

(iré y los poemas que puse en calcídicos versos  
cantaré con la flauta que tañe el pastor de Sicilia),

y vuelva a lo graciosamente erótico o bucólico mientras Virgilio, aunque siga por su parte pensando en tomar la dirección contraria, aprueba o finge aprobar para el pobre cantor su sensato regreso al cayado pastoril<sup>46</sup>:

Bastaráo, mis diosas, que tales canciones componga  
nuestro poeta trenzando un cestillo con grácil  
malvavisco; estos versos, ¡oh, Musas!, haced que le importen  
a Galo, porque hora tras hora su amor crece en mi alma  
cual un verde aliso que se alza en los meses vernaes.

Es hora de terminar. La égloga, la colección, el largo y fértil día también<sup>47</sup>:

Levantémonos; suele hacer daño al que canta la sombra  
del enebro y también perjudica a las mieses la sombra.  
¡Id ahitas a casa, cabrillas, que viene el lucero!

El autor, desde su nueva residencia meridional, bien en la pequeña villa de Sirón, bien en otro lugar, no escuchará más la cantarina esquila de las cabras que vuelven al establo con las ubres repletas. Pero el campo, sus amables campos, han quedado inscritos para siempre en su corazón. Y ello es lo que va a distinguir a esa alma increíblemente delicada y sensible que es la virgilianiana de los más frívolos espíritus de sus compañeros de menester poético.

Roma se ha convertido en una segunda Alejandría. Virgilio simpatizaría sin duda con Teócrito al ver<sup>48</sup> el cuadro poco ameno de los ruidos, los empujones, las distancias de una gran ciudad casi décimonónica, y no lo digo a humo de pajas, pues es ya un tópico el apuntar que la época helenística, si hubiera dispuesto de la necesaria infraes-

45 *Buc.* 10, 50-51.

46 *Buc.* 10, 70-74.

47 *Buc.* 10, 75-77.

48 *Teócr. Id.* 15, s. t., 5-10, 44-45, 53-59, 65-68, etc.

estructura técnica, pudo haber llegado casi a los portentos del siglo pasado. Comprendemos, pues, que el griego primero, el romano después busquen en el mundo pastoril una deseable evasión hacia el aire puro, la luz incontaminada, el silencio rico en meditación e inspiración literaria.

Pero la cosmópolis no deja tampoco de ofrecer atractivos ni posibilidades al ciudadano inquieto; y no todos estamos dotados para apreciar de verdad los encantos rurales. En períodos posteriores, que presencian un proceso de urbanización de Roma aún más marcado, Marcial admira las bellezas idílicas del paisaje<sup>49</sup>, duerme tranquilo sin el estrépito de la ciudad<sup>50</sup>, se libra con satisfacción de visitantes importunos<sup>51</sup>, goza de los vestidos simples y rústicos<sup>52</sup>, pero no se muestra, por ejemplo, demasiado entusiasta ante las pláticas agrícolas de un vecino<sup>53</sup>. Y mucho antes Catulo alternaba gustoso las breves visitas a su finca sabina o tiburte, excelente para aplicar en ella a un catarro medicación mixta de ocio y ortigas<sup>54</sup>, con Clodia y sus noches tumultuosas y sus besos y sus versos.

El propio Horacion nos ofrece también un caso digno de estudio. Sí, el inicio celeberrimo del epodo segundo<sup>55</sup> y todo lo que se quiera, mas con la condición, para el prestamista Alfio<sup>56</sup>, de que las rentas romanas lleguen puntualmente. Sí, es bonito poder decir que *de la urbe a los montes subí para aquí encastillarme*<sup>57</sup>, pero siempre que la fortaleza tenga una furtiva poterna que permita escapadas a un mundo odioso unas veces, tentador otras. Sí, es tremendo<sup>58</sup> ese largo día lleno de movimiento, ocupaciones casi nunca interesantes, recomendaciones para un Mecenas cerca de quien le suponen a uno más influyente de lo que es en realidad; pero cuando el pobre capataz<sup>59</sup> pide a su señor que le devuelva a la ciudad levantándole

49 Marc. 5, 71.

50 Marc. 11, 57.

51 Marc. 1, 49, 34-35; 2, 38.

52 Marc. 1, 49, 31-32.

53 Marc. 4, 37.

54 Cat. 44.

55 Hor. *Ep.* 2, 1 ss.

56 Hor. *Ep.* 2, 67-70.

57 Hor. *Serm.* 2, 6, 16-17.

58 Hor. *Serm.* 2, 6, 20-58.

59 Hor. *Epist.* 1, 14.

la larga condena a destierro pueblerino, Horacio le contesta tajantemente, es cierto que después de unas consideraciones muy afectuosas, con uno de sus preciosos apólogos. Aunque el buey desearía cabalgar velozmente bajo la silla y ceder el arado al caballo, esto es imposible. El capataz será siempre capataz; y el amo, aun apreciando mucho los sabrosos alicientes de la vida del ratón campesino<sup>60</sup>, descanso, largas siestas, sanas habas y verduritas, deleitables coloquios filosóficos<sup>61</sup>, intuye en los cielos el esplendor de la lejana Roma, que en nuestros días hubiera visto eléctricamente reflejado en las nubes, y prefiere ir y venir, agotar una y otra vez la jornada y media que pone fácilmente a su alcance los placeres tampoco desdeñables del ratón urbano.

Ahora bien, para Virgilio el planteamiento es muy distinto, y no sólo por razones temperamentales. Su amigo Mecenas se ha propuesto devolver Italia a sus viejas costumbres y a la prisca economía de tipo agrario. Columela<sup>62</sup> nos contará más tarde que en los antiguos tiempos la alimentación era autárquica; ricos y pobres comían lo mismo y cultivaban idénticos huertos que abastecieran no sólo la despensa, sino también un botiquín enriquecido por infinidad de plantas medicinales<sup>63</sup>. Pero hoy, sigue diciendo el gaditano, las cosas han cambiado: nadie distingue bien esas virtudes curativas y el afán de lujo y de ostentación ha multiplicado las estatuas costosas<sup>64</sup> y los jardines estériles<sup>65</sup>. Los dueños van a las fincas de tarde en tarde y el escritor sospecha que en realidad se aburren bastante en ellas. Lo cual no sucedería si, como propugna el propio Columela<sup>66</sup>, dejaran de ver el campo como refugio inerte y ocioso; procuraran tener sus propiedades cerca de la ciudad y frecuentarlas mucho y aun anunciar visitas que luego no se realicen, de modo que los jornaleros trabajen siempre con la preocupación de su posible llegada; y, en

60 Hor. *Serm.* 2, 6, 77-117.

61 Hor. *Serm.* 2, 6, 60-76.

62 Col. *praef.* 10.

63 Cf. Plin. *H.N.* 19, 50-52.

64 Col. 10, 29-34.

65 Cf. Hor. *Od.* 2, 15, 5-12.

66 Por ej., cf. Col. 1, 2, 1.

fin, renunciaran a considerar sus posesiones solamente como lugares de perezoso descanso a la sombra.

Volvamos ahora hacia atrás y paladeemos juntos un trozo de esa magnífica obra, digna de muchas conferencias mejores que esta mía, que son las *Geórgicas*, verdadero libro de texto para el noble proyecto de la regeneración nacional. En general el labrador, como aquel capataz horaciano, no aprecia él mismo cuán grande es su felicidad <sup>67</sup>:

¡Oh, qué feliz el labriego si serlo supiera!  
 Sin discordias armadas, la tierra ella misma con toda  
 equidad en el suelo le pone su fácil sustento.  
 Si no es grande su casa ni tiene altaneros portales  
 que al alba vomiten inmensa oleada de clientes;  
 si no admiran sus puertas en concha excelente incrustadas,  
 sus vestidos bordados en oro, su bronce efíreo;  
 si su lana no tiñe la droga de Asiria ni se echa  
 a su aceite canela que altere los líquidos usos,  
 él reposa tranquilo y su vida, que ignora el engaño,  
 es rica en recursos variados: la paz en las vastas  
 campiñas, las grutas, los rústicos lagos, los frescos  
 valles, los bueyes que mugen, los sueños tan dulces  
 bajo un árbol, el soto, el cubil de la fiera, el ser joven  
 sobrio y activo, los cultos divinos, el pío  
 respeto a los padres.

Y así, mientras las gentes se dejan apasionar por la guerra, la política o la codicia <sup>68</sup>,

por su parte el labriego y su arado remueven la tierra:  
 aquí está el trabajo del año y el pan de la patria  
 y los nietos, aquí el buey y el toro que tanto merecen;  
 ni habrá asueto ya como no se compruebe que frutos  
 opimos dio el año o cereales gavillas de grano  
 que cargue los surcos y el hórreo ponga en peligro.  
 Ya es invierno; la baya sicionia las prensas trituran;  
 de bellotas ahito retorna el marrano; madroños  
 trae el bosque; el otoño sus varios productos otorga;  
 al sol allá arriba, en las rocas, maduran las vides.  
 Entre tanto los niños, queriendo sus besos, se cuelgan  
 de su cuello; el pudor manda siempre en su casta morada;  
 la leche retesa las ubres vacunas; los lucios  
 cabritos cornéanse en medio del húmedo prado

67 *Georg.* 2, 458-73.

68 *Georg.* 2, 513-31.

y él, tumbado en la yerba, cercano al brasero y al cráter coronado, las fiestas celebra en que liba y te invoca, Leneo, y a aquellos que guardan las reses invita a certamen de raudos venablos que apunten a un olmo y a rústica lid que desnude durísimos cuerpos.

Es imposible hallar un texto clásico en que la tesitura humana frente al campo y sus moradores esté más hermosamente expresada, sin atisbo alguno de frivolidad ni «snobismo» finsemanista, como encarnación viva del más hondo amor a la tierra que hombre alguno haya jamás sentido.

Tí tiro ha vuelto a tumbarse en el césped: los tumultos insensatos del atrio horaciano de Mecenas<sup>69</sup> han cedido a un descanso saludable y fecundo. Avanza otra vez la noche. Al infeliz Melibeo le acucia ya el buscar un refugio ante la cruel expulsión. Su amigo intenta blandamente detenerle<sup>70</sup>:

Sin embargo, conmigo podríais haber descansado  
 en la verde floresta, pues dulces manzanas tenemos  
 y abundancia de leche cuajada y hay tiernas castañas.  
 Y ya en los cortijos humean los techos lejanos  
 y se hacen mayores las sombras que caen del monte.

Así acaba la primera égloga. En latín, *maioresque cadunt altis de montibus umbrae*<sup>71</sup>. Y del mismo modo acaba casi la colección definitiva, con el antepenúltimo verso de la décima, terminado en *solet esse grauis cantantibus umbra*<sup>72</sup>, y, en marcada iteración, el penúltimo de la misma, *iuniperi grauis umbra; nocent et frugibus umbrae*<sup>73</sup>. La *u*, oscura y misteriosa, abre solemnemente el camino del ocaso no sólo al día, sino también a la entera vida humana. Esa existencia que se le escapa tristemente a Turno cuando, poniendo a la *Eneida* un celeberrimo colofón y en otro revuelo de lúgubres úes,

illi soluuntur frigore membra  
 uitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras<sup>74</sup>.

69 Hor. *Serm.* 2, 6, 29-31.

70 Buc. 1, 79-83.

71 Buc. 1, 83.

72 Buc. 10, 75.

73 Buc. 10, 76.

Sería precioso, dentro del esquema tripartito cuya pauta se insinúa en Virgilio, que las sombras clausuraran también las excelsas *Geórgicas*. No es así, y no resultarían conclusiones muy firmes las que se extrajeran de la presencia repetida de la misma tétrica vocal en los tres versos<sup>75</sup> que anteceden a la esfrágide sellada por Títiro nueva y lánguidamente sombreado por el haya copuda:

stridere apes utero et ruptis efferuere costis,  
immensasque trahi nubes iamque arbore summa  
confluere et lentis uuam demittere ramis.

Porque en este pasaje las abejas nacidas de la carroña del buey son símbolo de resurrección, no de muerte.

Pero corre entre filólogos y escoliastas una leyenda según la cual también dicho poema culminaba en un canto de agradecida amistad. La imagen del infortunado Galo vuelve por última vez a proyectarse sobre estos folios. Historia por cierto bien conocida. El advenedizo militar, puesto por Augusto al frente de una de las tierras más viejas y ricas del mundo como primer prefecto del Egipto recién conquistado, perdió la cabeza: llenó sus dominios de estatuas suyas como un nuevo Faraón<sup>76</sup>; desató imprudentemente su lengua en el banquete<sup>77</sup>; equipó tal vez las mochilas de sus soldados con ejemplares de sus versos en pueril intento de propaganda literaria. Imprudente, charlatán, mal bebedor, pródigo de sí mismo y sus dones<sup>78</sup> y grandísimo poeta: presa fácil, pues, para la envidia y el rencor. Hubo delaciones, acusaciones ante Octavio, un senatoconsulto condenatorio. Galo debió de temer lo peor. Un papiro conocido desde no hace muchos años<sup>79</sup> nos cuenta que el prefecto proyectó la defección si el César le hacía acudir a Roma con la intención que podía suponerse; fabricó armas en cantidad sospechosa, puso en fun-

74 *Aen.* 12, 951-52.

75 *Georg.* 4, 556-58.

76 Dión C. 53, 23, 5-24, 1; cf. Suet. *Aug.* 66, 2.

77 *Ov. Tr.* 2, 445-46.

78 *Ov. Am.* 3, 9, 63-64.

79 Pap. Ox. 2820 (cf. M. Treu, 'Nach Kleopatras Tod', en *Chiron*, 3 (1973) 221-33; N. Lewis, 'P. Oxy. 2820: Whose preparations?', en *Gr. Rom. Bvz. St.*, 16 (1975) 295-303; W. Luppe, 'P. Oxy. 2820. Ein Bericht über die politische Tätigkeit des Cornelius Gallus', en *Arch. Papyrusf.*, 26 (1978) 33-381.

cionamiento parte de la arrumbada flota de Cleopatra, estableció guarniciones en los accesos del país, intentó reclutar un ejército entre los habitantes de Tebas y, finalmente, se suicidó al ver que todo era inútil. La adulación cortesana impuso en seguida la *damnatio memoriae* que sólo con muchos circunloquios iba a infringir años más tarde el cauto Ovidio<sup>80</sup>; y aquí es cuando se ha pensado que, habiendo Virgilio rematado sus *Geórgicas* con un elogio de Galo y habiéndole Octavio obligado a suprimirlo, el poeta colocó al fin de su obra la historia de Aristeo como clandestina y sutil dedicación a quien la había tratado en un epilio<sup>81</sup>. Ello es prácticamente imposible, pues el futuro emperador debió de conocer el poema íntegro ya el año 29, tres antes de la caída de Galo; pero no dejaría de ser apasionante pensar que también la primitiva versión terminaba con *umbrae* o *umbras*, con las sombras del tenebroso Hades de los réprobos a que habría bajado el amigo.

Y ahora nuevamente del maestro al fiel discípulo. Final del *Inferno* dantesco<sup>82</sup>: *e quindi uscimmo a riveder le stelle*. Final del *Purgatorio*<sup>83</sup>: *puro e disposto a salire alle stelle*. Final del *Paradiso*<sup>84</sup>: *l'amor che move il sole e l'altre stelle*.

El poeta pagano se sumerge melancólicamente en las sombras; el divino cantor cristiano asciende gozoso hacia las estrellas.

MANUEL FERNANDEZ-GALIANO  
Universidad A. de Madrid

<sup>80</sup> Cf. nn. 77-78 y agréguese *Tr.* 4, 10, 51-54; 5, 1, 15-16; *Am.* 1, 15, 29-30; *Ars am.* 3, 333-34; *Rem. am.* 765.

<sup>81</sup> Cf. *Serv. Ecl.* 10, 1, *Georg.* 4, 1.

<sup>82</sup> *Inf.* 34, 139.

<sup>83</sup> *Purg.* 33, 145.

<sup>84</sup> *Par.* 33, 145.